

Restitución del oficio de la Hilandera y el Hilado Ancestral

Comunidad Mapuche Huilliche
NUESTRAS RAÍCES ANCESTRALES



Subsidio a la difusión y fomento
de las culturas indígenas, Región
de Magallanes, año 2024



RESTITUCIÓN DEL OFICIO DE LA HILANDERA Y EL HILADO ANCESTRAL

Comunidad Mapuche Huilliche
"Nuestras Raíces Ancestrales"

Equipo de trabajo

Ejecutora del proyecto: Pamela Nahuelquín Saldivia

Coordinador: Freddy Nahuelquín Saldivia

Diseño editorial y fotografía: Antonia Ríos Lamas

Investigación y texto: Silvana Arteche Sepúlveda

Punta Arenas, región de Magallanes y la Antártica Chilena

www.revistaancestral.com

pamenahuel1712@gmail.com

ISSN "Rev.ancestral 2810-7128"



Subsidio a la difusión y fomento
de las culturas indígenas, Región
de Magallanes, año 2024

ÍNDICE

Presentación	3
La tradición del Hilado del pueblo Mapuche Huilliche en Chiloé	5
La tradición del Hilado en Magallanes	10
Materiales para hilar	16
Taller de hilado	18
Apreciaciones de las y los participantes	34
Agradecimientos	36
Bibliografía	37



Presentación

El siguiente documento busca visibilizar la experiencia de quienes formaron parte de los talleres de hilado que se realizaron en el marco del proyecto Restitución del Oficio de la Hilandera y el Hilado Ancestral ejecutado por la Comunidad Mapuche Huilliche “Nuestras Raíces Ancestrales” de Punta Arenas.

El hilado ancestral es una técnica tradicional del arte textil del pueblo Mapuche Huilliche que se desarrolla en la zona de Chiloé, este llega y se instala en Magallanes producto de la diáspora de la población hacia la Patagonia desde fines del siglo XIX. Sin embargo, existen registros históricos de presencia de técnicas de hilado en lana de guanaco por parte del Pueblo Aonikenk en la región durante el siglo XVIII y XIX, anterior a los procesos de colonización por parte del Estado chileno.

Lamentablemente esta práctica se ha perdido en el tiempo, tanto en Chiloé como en Magallanes, producto de la llegada y masificación de los productos de la industria textil de fácil y rápido consumo. Hoy son pocas las hilanderas que mantienen la tradición reproduciendo las técnicas de sus ancestros, por lo tanto, es urgente revitalizar y restituir el oficio para preservar la identidad cultural y promover su valor como una fuente de desarrollo local y sustentable.

En las siguientes páginas, buscamos compartir el desarrollo de los talleres que se ejecutaron de acuerdo a las fases tradicionales del hilado. En el documento, además, podrá indagar en la memoria textil y saberes ancestrales de aquellas hilanderas originarias de Chiloé que decidieron vivir y seguir hilando en tierras magallánicas. Como también, podrá revisar algunas referencias de la historia del hilado en Chiloé y la reproducción de la tradición en la región como parte de una estrategia de subsistencia de aquellas mujeres que aprendieron la técnica en las mingas de hilado cuando tan solo eran unas niñas.

Esperamos que este sea el puntapié que nos permita seguir hilando y torciendo en memoria de las historias de aquellas mujeres que vistieron y abrigaron con su sabiduría a sus familias y hogares.



LA TRADICIÓN DEL HILADO DEL PUEBLO MAPUCHE HUILICHE EN CHILOÉ

*“Ellas se tejían sus propias prendas, hacían sus propias ropas para sus camas, ellos no tenían que andar comprando, no tenían que estar esperando que alguien les diera algo. Para ellas fue una parte muy importante de esa época”
(María Barrientos Barría, Puerto Natales)*

La tradición textil en la zona de Chiloé se manifiesta desde tiempos prehispánicos, practicada preferentemente por el Pueblo Mapuche Huilliche, la que involucraba labores de crianza, esquila, hilado y teñido de la lana (La Melga Chiloé, 2024). Antiguamente, los tejidos eran confeccionados con lana de camélidos (guanaco), especie que se extingue producto de la colonización española que se experimenta desde mediados del siglo XVI en el territorio insular.

Con la llegada de los europeos, se introduce una nueva especie, la oveja, y con ello el reemplazo de la fibra en la cultura textil. Fue durante la Colonia que, los tejidos formaron parte del tributo de las comunidades originarias bajo el sistema de encomienda (esclavitud indígena), como también fueron exportadas a Europa junto a otros productos locales tales como el alerce y el jamón de cerdo. Durante la República, la pequeña ganadería

se instala dentro de los oficios característicos de la economía de subsistencia del Chiloé campesino, que vincula el mar y la tierra como parte de un tipo de poblamiento que se lleva a cabo en las costas del mar interior. La crianza ovina, se combina con la crianza bovina, porcina y de aves de corral que se desarrollaba en los mismos hogares junto con la pequeña agricultura (huerta chilota), extracción de la madera, pesca y recolección de orilla.

La práctica textil fue realizada preferente por mujeres, fueron ellas las hilanderas y tejedoras, herederas de un saber ancestral y un quehacer obligado para vestir y abrigar a cada integrante del grupo familiar en un contexto geoclimático de bajas temperaturas y altas precipitaciones durante el invierno. Para tejer, las mujeres primero hilaban la lana, práctica que debían aprender desde muy pequeñas. Esta tarea la combinaban con las labores domésticas, cocina, cuidado familiar, crianza de animales de corral, siembra y recolección de orilla (Ramírez, 1999). Generalmente, eran los hombres quienes esquilaban las ovejas durante la primavera, y eran las mujeres las que se dedicaban a la “hiladura” durante el invierno.



El proceso de socialización o transmisión del saber textil y de sus técnicas se produce en las Mingas de Hilado, que reunía abuelas, madres, vecinas, tías e hijas como parte de una estrategia de reciprocidad intergeneracional: “Las mujeres interiorizan los movimientos corporales de las tejenderas con más experiencias, que incluyen gestos, posturas y ritmos inseparables de la vida cotidiana y el paso del tiempo” (Museo de Ancud)¹. Este proceso de aprendizaje es manifestado por las hilanderas tradicionales, tal como lo expresa Doña María Barrientos Barría, originaria de Chonchi. Ella aprendió ayudando a su madre, María Hermisa del Carmen Barría Mayorga, y a su tía en las tareas de hilado desde los 10 años de edad, esto por medio de la observación y la práctica en un campo del sector de Chacao.

“Esto yo lo vi en las casas en Chacao, esto yo lo aprendí de mis tías, de mi mamá, que siempre hilaba con su hermana, porque ellas tejían a quelgo, tejían las frazadas, los choapinos, hacían todo ese trabajo. Entonces hacían todo este proceso (hilado). Nosotras, a veces, pasábamos tardes enteras ayudándole a escarmenar cuando era la época de la esquila, a preparar esta lana... Mi mamá me enseñó a hilar y a tejer, me decía mira como se hace, ninguna explicación” (María Barrientos, Puerto Natales).

En las mingas, se configura una memoria textil que comprende un sistema de saberes, las técnicas del hilado, las historias familiares y comunitarias, la vida cotidiana y lo que significaba ser mujer y niña en la ruralidad chilota. Así, el trabajo con la lana refiere a un conocimiento profundo de la naturaleza y del universo, saberes en vías de desaparecer, tales como la influencia del ciclo lunar en la fase de la esquila, la que debe realizarse en luna creciente permitiendo un buen crecimiento del nuevo vellón; como también el saber y uso de las propiedades tintóreas de los productos del bosque para la fase del teñido o tinción de las lanas, que utilizaba tierras, hojas, raíces, líquenes, cortezas, flores, frutos y ramas (La Melga Chiloé, 2014).



Fotografía: María Barrientos



Fotografía

María Barrientos (abajo a la derecha) a sus 10 años, edad en que aprendió a hilar junto a su madre María Hermisa del Carmen Barria Mayorga. Año 1967.

Se hilaba preferentemente en invierno, cuando las labores de la siembra entraban en pausa. El espacio para hilar era dentro de la vivienda chilota, que podía ser en la cocina, alrededor del fogón o de la cocina a leña, como también en el soberado tal como lo expresa María Barrientos: “Ellas buscaban su lugar, por ejemplo, la mamá y la tía buscaban el lugar, y el lugar era en un soberado, porque era una casa de piso y medio en Chacao... y en esa casa había un ventanal que daba el sol y desde ahí veían todo el Canal”. Las tardes, después del almuerzo, fueron los momentos propicios para el hilado, una vez que las demás labores ya habían finalizado, las mujeres se destinaban a hilar y tejer, mientras se mateaba y se contaban las historias: “Llega la tarde, i siguen las manos diligentes de las mujeres tejiendo i trabajando. Afuera sopla i silva el viento, cruje la casa i corre la lluvia sobre el techo;...” (Weber, 1902:116).

La lana, proveniente de la raza ovina chilota a la que llamaban cara de fraile, era utilizada para la confección de vestimentas (pantalones, ponchos, jersey, chalecos, medias, vestidos, calzones y calzoncillos) como también textiles para el hogar tales como sabanillas, choapinos, alfombras y frazadas, productos para lo cual se utilizaba la técnica del Quelgo o Kelgwo o Quelgas (telar indígena), hoy reconocido patrimonio cultural inmaterial de la región de Los Lagos desde el 2023. Silvia Alvarado Antimán, originaria de Cucahue, comuna de Quemchi, expresa que su primera experiencia en el hilado y tejido fue colaborando a una abuelita a tejer frazadas en el quelgo a la edad de 11 años.



Fotografía: Silvia Alvarado Antimán

Aprendí con una abuelita que iba a cuidar, ella me enseñó a hilar y a tejer telares con la cual, yo en ese tiempo era muy niña... Cotilde Ulloa, ella era la comadre de mi mami, pero era muy abuelita. Yo iba a acompañarla con otra chica, lo iba a acompañar, y ella tejía pero en ese tiempo se tejía tendido en el piso, se tendía en el piso con una viga, con una soga, entonces mi compañera allá y yo acá. Ella lo pasaba para acá, y yo lo pasaba para acá. Y ella hacía esto, apretaba la lana. Y ahí eso se me quedó, años, pero yo nunca me olvidé lo que aprendí, y ahí yo sola me fui desarrollando más. (Silvia Alvarado Antimán, Puerto Natales).

Los conocimientos entregados por aquella maestra le permitirán vivir de forma independiente y ser hoy una reconocida hilandera y tejedora en la región de Magallanes.

El quelgo, es un tipo de telar horizontal que se practicaba en el suelo y medía 3 metros de largo, diferenciándose del telar mapuche (huitral), que permitía elaborar tejidos de mayor tamaño y grosor (Gutiérrez y Zambelli, 2013). Este tipo de técnica ha desaparecido de los hogares rurales de Chiloé, siendo reemplazados por el tejido a palillo, a crochet y otros tipos de telares.

Con los procesos de mestizaje, la tradición del hilado se hará parte de las labores de las mujeres chilotas en su generalidad, quienes al migrar hacia la Patagonia, se movilizarán con sus conocimientos, lanas y husos. Actualmente, es posible observar la tradición

en ferias y mercados típicos de Chiloé, como también en museos e investigaciones, esto con el objetivo de que la cultura textil ancestral no se pierda y de reconstruir la historia de las mujeres de Chiloé estructuralmente invisibilizada por la historiografía oficial.



Fotografía: quelgo o telar indígena en Museo de Achaó, Chiloé.



Fotografía: María Barría y Pamela Nahuelquín

"Al regresar a Quemchi y encontrarme con las hilanderas, vino a mi mente el recuerdo del hilado en familia, especialmente con mi abuelita, quien de alguna manera nos enseñó este hermoso oficio. Hoy en día, revitalizar esta tradición se ha convertido en una forma de honrar nuestras raíces y preservar una parte importante de nuestra cultura" (Pamela Nahuelquín, Punta Arenas).

"Para nuestros familiares de Chiloé constituyó una sorpresa nuestra llegada y más aún porque no lograban entender lo que realmente buscábamos y nos preguntaron ¿cómo pueden viajar solo por el hilado? Sí, viajamos solo por el hilado, en torno a una buena conversación, tomar unos mates y recordar el trabajo realizado por la abuela, qué manera de viajar fue la exclamación de respuesta, sin entender el trasfondo de nuestra búsqueda, de la conexión familiar a través de este arte y de cómo íbamos a transmitir este conocimiento. Sostuvimos varios encuentros con diferentes hilanderas de Quemchi las cuales entregaron sus conocimientos y aportaron con su sabiduría a las nuevas hilanderas que surgieron posteriormente en este taller" (Freddy Nahuelquín, Punta Arenas).



Fotografía: Procelia Cárdenas



Fotografía: Freddy Nahuelquín

LA TRADICIÓN DEL HILADO EN MAGALLANES



Los pueblos originarios que habitaron y habitan el territorio de Magallanes se caracterizaron por desarrollar una economía de subsistencia vinculada a las prácticas de caza, pesca y recolección. De algunos mamíferos se extraía su piel y cuero para vestir tales como la piel de lobo marino, como fue el caso de los Kawésqar y los Yaganes, quienes también utilizaron la piel de zorro y nutria.

Por otro lado, se reconoce que, en el caso del Pueblo Aónikenk, estos utilizaban las pieles de guanaco para crear los quillangos o mantas, entre otras indumentarias. Igualmente, utilizaban la piel de chingue, zorro y puma. Sin embargo, Martinic (2024) y Méndez (2010) expresan que, producto de la apropiación del caballo y del intercambio comercial, el espacio geocultral de los Aónikenk expande sus fronteras durante el siglo XVII, teniendo contacto con otros pueblos (mapuches de la pampa y norpatagónicos) quienes influenciaron y transformaron sus formas de vestir con la apropiación de tejidos² y el saber textil. Méndez (2010) expone la existencia de registros de exploradores y misioneros por la Patagonia (Chilena

y Argentina) durante el siglo XVIII e inicios del siglo XIX que dan cuenta de la presencia de un arte textil en los Aónikenk, con vestuarios y frazadas que las mujeres tejían por medio de los telares, artefacto propio de la zona de la Araucanía. Utilizaban lana de guanaco e hilaban en huso, “El hilo con el que se hacen estas colchas es devanado de la lana de guanaco. Su fibra es larga y suave. Se lo extrae con los dedos y es retorcido por medio de una caña sostenida en una mano” (Coan, 2006[1880] en Méndez, 2010: 71).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los procesos de colonización de Magallanes se instalan con la presencia del Estado y del capital (Harambour, 2019). La ocupación y asentamiento pastoril inicia en 1878 en la Península de Brunswick (provincia de Magallanes) y desde 1855, en Isla de Tierra del Fuego con la construcción de estancias (Benavides et al. 1999), esto en respuesta a la importante demanda textil de Gran Bretaña, que en aquella época se consolidaba como potencia industrial a nivel mundial. Las primeras ovejas llegaron a Magallanes en 1876 desde las Islas Malvinas o Falkland.

2. Martinic (2024) hace referencia al uso del chiripá, una especie de calzoncillo tejido de lana que servía para montar los caballos, también de ponchos de lana, mantas y gorros tejidos.



*Fotografía:
Vestuario tradicional del Pueblo Aónikenk, 1910.
Fuente: www.memoria chilena.gob.cl*

Desde ese momento, comienza un proceso de poblamiento dando vida a nuevos asentamientos y generando importantes procesos de migración de población chilena-chilota y extranjera-europea. La primera se instala como clase obrera-trabajadora en las estancias para el desarrollo de las labores del campo y trabajo en los frigoríficos en sectores urbanos (procesamiento y exportación). El ganado ovino se destinaba para carne y lana. Ésta última da vida al oficio de la esquila, proceso en que se corta la lana de oveja de forma industrial por su mecanización.

Al iniciar los procesos de migración, también se desarrolla una circulación de mercancías entre Chiloé y Magallanes. Los hombres, bajo la migración golondrina, comenzaron a llevar lanas de Magallanes a las mujeres en Chiloé, diversificando los procesos de hilado y los tejidos.

El apogeo de la ganadería ovina dura hasta la década de 1920 aproximadamente, sin embargo su desarrollo aún persiste en la región, con altos y bajos, y con muchas transformaciones como es la desvalorización del precio de la lana con la introducción de fibras sintéticas en la industria textil del mundo. Con el tiempo, se ha diversificado el mercado lanar, exportando a otros países, como a China.



Fotografía: Equipo de Oveja Nómada: Kenneth MacLeod S. & Camila Quinteros P. Estancia Ankel, Isla Riesco.

La industria ovina proyecta el vínculo de los migrantes chilotes, entre ellos, huilliches, con la lana por medio del trabajo con las ovejas y sobre todo, en la esquila. Sin embargo, durante la década de 1960, gracias a la implementación de la Reforma Agraria, los trabajadores de estancias, en su mayoría chilotes, reciben tierras y ganado ovino para producir (expropiación). Por medio de la formación de Cooperativas, invitan a sus familias, esposas e hijos/as, a sumarse al trabajo del campo, potenciando de esta forma el vínculo de las mujeres con la esquila, hilado y tejido en la región de Magallanes.

Con el tiempo, las mujeres y sus familias perciben a Magallanes como un territorio de nuevas oportunidades. Fue la realidad de muchas de ellas, quienes al migrar, navegan con algunas de sus pertenencias para “hacer vida” en el nuevo lugar. Con ellas se traen semillas de papa, el gualato, el pan de luche, manzanas, husos y frazadas: “Era común que cuando alguien dejaba la casa sus padres para formar su propia familia, llevará sus frazadas para armar su nueva cama” (Gutiérrez y Zambelli, 2013:11).





Fotografía: Carmen Rosa Chiguay Colivoro

Aquella fue la experiencia de vida de doña Carmen Rosa Chiguay Colivoro (82), quien migra en la década de 1960, como muchas familias después del terremoto, desde la localidad de Yaldad hacia Punta Arenas junto con la frazada que le hiló y tejió su abuela Rosa Llancahuen Mellao, originaria de Castro. La frazada será uno de los tesoros más preciados de Carmen Rosa, ya que siempre le traerá el recuerdo de su abuelita “Llanca” y de su vida en la isla.

De acuerdo a Angelo (2014) y Arteché y McLeod (2023), las mujeres chilotas en Magallanes mantuvieron vivas sus tradiciones del archipiélago, ellas reprodujeron la práctica del huerto (quintas chilotas), cocinaron los platos típicos, fueron a mariscar y a recolectar luche (algas) y, muchas de ellas, no abandonaron su huso y tortera, hilando y tejiendo pero ahora como parte de una estrategia de obtención de recursos monetarios. La vida en la ciudad era mucho más cara, todo se debía comprar.

Fotografía: Carmen Rosa Chiguay Colivoro con frazada chilota de 130 años.





Fotografía: Silvia Alvarado Antimán

Es la realidad que vivió Silvia Alvarado Antimán, quien migra hacia Natales en la década de 1980 en búsqueda de nuevas oportunidades. Ella, que aprendió la técnica del hilado y tejido en su infancia, por varios años abandona el oficio trabajando como asesora del hogar en Chiloé, sin embargo, al viajar a Magallanes, decide migrar con sus lanas ya que presentía que sería su subsistencia en el nuevo lugar:

“Yo me vine sola con mis tres hijos, mi marido se quedó allá para vender los animalitos que teníamos y sacar las papas, yo me vine los primeros días de marzo por el colegio de los chicos... eso fue hace 37 años...yo tenía que pagar arriendo acá y a veces nos faltaba para las comidas, así que yo empecé, porque yo traje lana, unos sacos, porque me avivé, porque yo soy muy viva, entonces empecé a tejer medias, y lo vendía en un negocio y ahí la gente me los compraba. y de ahí tenía plata para comprar cosas que le faltaban a mis hijos

en el colegio... me las supe arreglar” (Silvia Alvarado, Puerto Natales).

Silvia es de las pocas hilanderas tradicionales de Magallanes, quien se ha dedicado a hilar y a lavar lana ajena a tejedoras propietarias de estancias y artesanas de la región. Resiste frente a los cambios y masividad de la industria textil, manteniendo la riqueza de la tradición mapuche huilliche y, sobre todo, el legado de las mujeres hilanderas ancestrales cuya herencia fue crucial para lograr autonomía en tierras magallánicas.



*“Cuando veo el huso, pienso ah el huso de la mamá, lo traje con mucho cuidado... Gracias a ella yo hago estas cosas que ella me enseñó”
(María Barrientos, Puerto Natales).*

Los tiempos para la hiladura, al igual que en Chiloé, son en invierno, ya que se descansa de la quinta y se preparan los tejidos para la temporada de las ferias y el turismo. Algunas de ellas son parte de agrupaciones de artesanas que buscan insertarse en el mercado, con el desafío de que las nuevas generaciones (hijas y nietas) se interesen en la tradición textil y esta no desaparezca.



Fotografía: María Barrientos



Fotografía:
Pamela Nahuelquin Saldivia

MATERIALES

La cultura material del universo textil del pueblo mapuche huilliche se distribuye en distintas herramientas y/o artefactos que serán indispensables para el proceso de hilado y tareas previas a la actividad del tejido.

VELLÓN DE OVEJA: Lana de oveja obtenida de la esquila, cuya fibra permite la creación del hilo para tejer.



Fotografía: Camila Quinteros P.



HUSO: el palo huso es utilizado para hilar o torcer el hilo. Es un palo de madera de unos 30 cm aproximado y se hace de alerce, coihue o de laurel. En Magallanes se construye husos de lenga. Las puntas del huso son más delgadas. El huso cumple dos funciones: torcer el hilo mientras gira y enrollar la lana en el mismo huso.



Fotografía:
Huso y lana de
Silvia Alvarado

TORTERA: de acuerdo a Ramírez (1999) en mapudungun se llama pidoi. La tortera tiene por objetivo regularizar o dar estabilidad el movimiento rotatorio del huso y mantenerlo girando como un trompo mientras la hilandera tuerce el hilo. La tortera puede ser creada de piedra, madera, hueso, como también de papa (una mitad de la papa) o un nabo. En Puerto Edén, Doña Rosa Vera Díaz utiliza una boya pequeña de una red de pesca como tortera. “Si tu no tiene eso ahí, el huso no baila, porque baila por eso que tiene ahí, si tu le sacas eso (la tortera), el huso va a andar borracho porque no tiene el peso para bailar” (Silvia Alvarado, Puerto Natales).



ASPA: Sirve para formar las madejas. Se compone de un palo y de otros más delgados atravesados entre sí.





TALLER DE HILADO

A continuación, se describen los talleres que se realizaron en el marco del proyecto, los que fueron planificados de acuerdo a las distintas etapas de la tradición del hilado, respetando el modelo colaborativo de las Mingas de Hilado como sistema de transmisión del conocimiento. En cada fase, hay una experiencia de aprendizaje, pero también un espacio para recordar aquellos saberes ancestrales (borrar esta palabra) e historias familiares que fueron traídos al presente con el objetivo de respetar la técnica y la sabiduría de nuestras ancestas.

En total, fueron 20 hilados de mujeres y hombres, quienes de forma voluntaria y con el ánimo de aprender y vincularse con la cultura huilliche y chilota, fueron mejorando su técnica y apropiándose de ésta tradición.

Entre lanas, mates, churrascas y sopapillas nos fuimos conociendo. Cada taller significó una experiencia única de un aprendizaje colectivo y recíproco, donde la oralidad fue la forma de traspasar los conocimientos y la observación la forma de reconocer la técnica de los movimientos.

FASE 1: CONSEGUIR LA LANA

La primera etapa del proceso del hilado consiste en conseguir el vellón de lana de oveja. En Magallanes, se suele comprar lana cruda en las estancias o se obtiene de las ovejas que poseen algunas familias que viven en parcelas y crían animales de corral. En el marco del proyecto, se adquirió un fardo de lana de la Estancia Aurelia del Carmen de Punta Arenas. La raza de la oveja fue la Corriedale, originaria de Nueva Zelanda que se caracteriza por ser criada para el uso de su carne y lana.

Se debe tener presente que, en términos prácticos, el proceso del hilado comienza con la esquila de las ovejas que se realiza durante la época de primavera en las estancias o parcelas.



Para conseguir una buena lana para hilar, se debe adquirir aquella que se encuentra preferentemente en el lomo de la oveja, que es la lana más limpia y de un vellón más largo. Pero cualquier lana del vellón sirve para hilar.



FASE 2: SELECCIÓN Y LIMPIEZA DEL VELLÓN



Nos reunimos en una parcela en Río de Los Ciervos para abrir el fardo de lana. Para ello, se recomienda tener ropa adecuada para “ensuciarse” ya que la lana posee grasa e impurezas.

Los vellones se extienden sobre una mesa y comienza el proceso de limpieza de la lana. Se separa de las fibras vegetales (calafate, pastos, ramas, coirón), restos orgánicos, marcas de las ovejas, como también se extraen pulgones que pueda tener la lana. Como se menciona en la fase 1, hay sectores del cuerpo de la oveja donde la lana es más limpia y mejor para trabajar. Esas lanas son más caras por ser más apetecidas.

En la bibliografía revisada, se explica que se debe lavar la lana antes de iniciar con el escarmenado e hilado, sin embargo, la experiencia de las hilanderas tradicionales manifiesta todo lo contrario “Tiene que ser con la lana sucia,

tiene que tener olor a oveja... la lana lavada no sirve para hilarla, porque la lana sucia da la elasticidad para poder hilarla, la lana lavada se va quedando atrapada,... la grasita te permite la unión de las hebras” (Maria Barrientos, Puerto Natales). De esta forma, la grasa de la lana, que le llamaban veri en Chiloé, permite un mejor manejo del vellón, además que hace muy bien para la piel de las manos tal como lo expresa la hilandera Silvia Alvarado Antimán quien, de acuerdo a sus palabras, posee manos muy suaves y sin arrugas gracias a la grasa de la lana.

Una vez que finalizamos de limpiar la lana, cada participante recibió una parte del vellón para avanzar en su propio hogar con el proceso de escarmenado e hilado.





FASE 3:

ESCARMENANDO LA LANA

Esta fase consiste en estirar los fragmentos de la lana esquilada, separando con las manos cuidadosamente las fibras sin que se corten. La lana debe quedar con una textura suave y liviana para formar los cadejos y prepararla para el hilado: “La vas sacando, las vas estirando y va quedan como un algodoncito, si hay alguna impureza, esos palitos se van sacando” (María Barrientos Barria, Puerto Natales).

En Chiloé, durante esta fase, las hilanderas cardaban la lana, que consiste en separar y enderezar la lana con dos cepillos.





FASE 4: HILAR

Se da inicio a la torsión y enrollado de la fibra para comenzar a dar forma al hilo obteniendo el grosor deseado, usando de forma manual el huso y la tortera. El grosor de la lana dependerá del tejido que se desea crear. En esta etapa se debe “hacer bailar el uso”, donde la técnica de cada hilandera dependerá de su experiencia y años de “hiladura”.



Cuando el huso tiene una cantidad importante de lana torcida, se puede sacar la tortera del huso, ya que la lana enrollada permite equilibrar el huso y hacerlo bailar sin dificultad.

Esta etapa fue la más difícil para cada uno/a de los/as participantes, ya que se debe controlar y resguardar que la lana no se corte, estirando de a poco en la medida que se enrolla en el huso. Sólo la práctica constante es la que permitirá hilar un hilo de un grosor homogéneo:

“El tiempo te irá dando la experiencia del hilado... yo cuando recién empecé me quedaban unas cosas grandes, se me cortaba a cada rato, cuando se corté, me decían, tú tienes que empatarlo, que significa unirla, todo esto es práctica” (María Barrientos, Puerto Natales).



“Cuando se estira mucho, ya no tiene más torcedura, ahí se va a cortar (la lana)” (Silvia Alvarado, Puerto Natales)

Se recomienda utilizar un delantal o colocar sobre las piernas una manta apta para ensuciar, ya que la lana y el huso van rozando las piernas y la grasa mancha la ropa.





FASE 5: ARMADO DE LA MADEJA O ENROLLAR

Una vez obtenida una cantidad importante de lana torcida, se retira del huso enrollándola y distribuyéndola en el aspa para la formación de las madejas de forma manual. Se realiza un movimiento, describiendo la figura de un “ocho”, donde la mano que sostiene el aspa debe ir girando para “dar vuelta la madeja”. La rapidez de esta fase dependerá de la experiencia de la hilandera.



FASE 6: LAVADO

Como se ha expresado, existen distintas versiones con respecto a la fase del lavado de la lana, si este proceso se realiza antes o después del hilado. De acuerdo a las hilanderas tradicionales, esta fase se debe realizar después de hilar, en cambio, la bibliografía asociada manifiesta que ésta se debe realizar antes. En los talleres, para facilitar el proceso de hilado de las/os participantes, se decide lavar después de hilar.

Este tiene por objetivo eliminar suciedad, aceites naturales y otros contaminantes que puedan estar presentes en el hilo. El lavado se suele realizar con agua y jabón. En Chiloé, antiguamente, el lavado se realizaba en los ríos, donde la corriente ayudaba a retirar la suciedad y el jabón. Doña Silvia recomienda utilizar detergente y lavalozza para extraer la grasa y suciedad de la lana.

“Se lava después de hilar, cuando se hace madeja,... lo dejo remojando con un jaboncillo y al otro día le saco esa agua, lo vuelvo a remojar con un jaboncillo, con Quix y con un poco de detergente, esta lana tiene sus 5 enjuagues. Cuando la lana ya te blanquea, se va al teñido”. (Silvia Alvarado, Puerto Natales).



“Mi mamá lo lavaba con agua fría, sin detergentes, yo me recuerdo que ella lo lavaba con jabón, con jabón Popeye, que es un jabón gringo. Y de ahí lo ponía a secar en los cercos, o en el alambre, en el alambre ese con punta, el alambre de púa, quedaba enganchaito, no caía” (María Barrientos, Puerto Natales).

Durante el taller, se lavó la lana con un jabón con PH Neutro y agua caliente, lo que facilitó el retiro de toda suciedad. Se enjuaga la lana con agua tibia para retirar el jabón.



FASE 7: TEÑIDO O PROCESO DE TINCIÓN

Una vez lavada la madeja de lana, se procede al teñido para dar color a la lana, etapa que puede ser opcional, esto de acuerdo al uso y diseño que se le quiera dar a los tejidos.

En el taller, se buscó revitalizar las tradiciones de teñido de Chiloé, utilizando productos naturales con propiedades tintóreas. Se describe que en Chiloé se utilizaba “la corteza de gran parte de los árboles nativos..., proporcionando una gama de ocres, desde pardo claro a pardo oscuro” (Villagra, 2016: 47). También se utilizaban los líquenes (barba de palo o barba de viejo) para obtener el color pardo rojizo y la nalca con cadillo y barro de los ciénagos para obtener el negro, como también se usaban las plantas. Doña Silvia expresa que cuando era niña, observó que las hilanderas utilizaban la nalca³ como fijador de las tintas y como colorante base, como también recuerda que se utilizaba el agua de mar para hervir los

productos, ya que la sal es un fijador y permitía mejor la adherencia de la tinta en la lana⁴.

“Allá se teñía naturales, con la barba de palo, que acá se le dice la barba de viejo, ... y con hojas de árboles, el arrayán, el maqui, estaban} la quiaca, el depe, la papa del pangué, un pedacito se pone a hervir en una olla y con eso se tiñe. Esas eran las tintas de Chiloé. Se ponen en una olla grande, que hiervan, se hace un fogón afuera, y ahí se pone a hervir eso y cuando está hirviendo todo, se manda las madejas de lana ahí y se deja hasta el otro día y después se saca. Después tu lo llevas a un río donde está corriente y lo dejas corriendo, y no se destiñe” (Silvia Alvarado, Puerto Natales).

En la práctica del teñido del taller, se utilizó cáscara de cebolla, hojas de repollo morado, matico, barba de palo y nalcas. Para ello, se cocieron los productos naturales en unas ollas con agua lluvia hasta obtener el tinte, se agregó piedra alumbre para fijar los colores, como también bicarbonato para intensificar el tinte, limón natural para modificar y obtener mayores variedad de colores. Antiguamente se utilizan tinajas de madera que servían para lavar y

3. Se utilizaba el depe, raíz o papa de la nalca o pangué, como fijador del color en la lana y también para teñir.

4. Doña Silvia Alvarado expresa que el agua de mar de Chiloé es más salada que el agua de mar de Natales, por lo que debe agregar un puñado de sal al agua de mar para que funcione como fijador. Esta teoría, que nace desde un saber práctico, es coherente con la información de que efectivamente el mar de la zona es de baja salinidad por la presencia de glaciares y el deshielo. Doña Silvia verificó esta realidad, ya que cuando teñía con agua de mar de Natales, al lavar la lana, la lana se desteñía.

Hoy, es difícil reconocer este tipo de prácticas de tinción, siendo reemplazadas por el uso de anilinas, que aparecieron en la década del 40 con la llegada de barcos europeos a Chiloé. Sin embargo, el color no es tan resistente como el uso de productos naturales, por lo que muchas hilanderas y tejedoras han optado por revitalizar la tradición del color con los tintes que ofrece el bosque chilote.

"Afuera se hacía un fuego, se ponía unos tachos de esos de tambores, se le ponía agua, se le ponía la tinta anilina y sal. O bien se le colocaba frutos silvestres, recolectaban las hojas, el liquen de los árboles, eso se llama barba de palo, con raíces de algunas plantas, de algunos árboles. Y quedaban distintos colores. La cáscara de cebolla, todo eso se utiliza. Tenía que hervir, después se secaba y se ponía en unas rejitas de madera, ahí para que estilen" (María Barrientos, Puerto Natales).

La experiencia del color resultó ser de las más apreciadas y valoradas por las/os participantes, donde se pudo apreciar el resultado de un trabajo de meses.









FASE 8: FORMACIÓN DEL OVILLO

Una vez que la madeja de lana teñida se seca, se forman los ovillos, en la cantidad de gramos deseado. Para ello se utiliza un eje que desempeña una función rotatoria mientras se desenreda el hilo que permitirá la confección del ovillo.



APRECIACIONES DE LAS Y LOS PARTICIPANTES

“Lo mejor, la experiencia aprendida desde el comienzo, después de creer que no lo lograría aprender por lo complejo, pero todos con la disposición para ayudar y enseñar. Todos compartiendo sus conocimientos, ver los colores que se lograron. La calidad humana de este grupo. Me voy muy contenta y agradecida porque participé de principio a fin con mi familia y mis pequeños de 5 y 7 años y ambos aprendieron cada paso y también lo lograron. Era tiempo familiar con mi pareja e hijos.”

María José Salazar

“Para mi una nueva experiencia a realizar en familia, super satisfactoria y sale de lo común, muchas veces sobre todo en esta zona es todo tan común. Felicidades a los coordinadores y encargados de curso, muy completo.”

Luis Villegas Bustamante

“Para mi el proceso de aprendizaje que más me gustó fue el teñido, el hecho de buscar los materiales de la madre tierra y que se natural. Ver el proceso fue enriquecedor, los diversos colores que se lograron, el compartir con las compañeras fue total.”

Karin Muñoz

“La verdad que el hilado es un trabajo (proceso largo), escarmenar, hilar, torcer la lana, entintar y ocupar distintos materiales orgánicos para poder encontrar diversos colores. En lo personal solo hice cuando era chico con una abuelita, pero ahora de grande veo que es un trabajo super largo y bonito, desde el comienzo hasta el final es importante para lograr un buen tejido finalmente.”

Luis Villegas Bustamante



"Me gustó teñir y buscar mi color favorito, morado y rosado."

Ahymara Villegas

"Mi apreciación respecto al proyecto realizado tiene varias aristas:

- El rescate cultural de nuestros ancestros.*
 - Dejar este aprendizaje a mi hijo de 6 años.*
 - Poder elaborar este proceso de hilandera, sin depender de grandes industrias.*
 - Creo que es un oficio ancestral que te conecta con tu pasado para comprender nuestro presente y futuro.*
- Sin duda este arte no puede perderse."*

Karin Muñoz

"Un proyecto muy interesante de principio a fin, muy dinámico, entretenido, se nos pasaba el tiempo muy rápido, aprendiendo de todo, valorando el esfuerzo de las técnicas ancestrales y el orgullo de saber que podemos retomar ese camino del hilado."

Sixto Galindo Águila

"La apreciación es muy valiosa todo lo que se hizo y para no dejar esto de lado, seguir con las cosas naturales."

Mónica Ayancán

"Permite la integración de conocimientos ancestrales fomentando el rescate de los oficios tradicionales."

Ana Gallardo

"Los aprendizajes fueron mucho, desde sentir la suavidad de la lana, poder escarmenar para proceder a hilarla con el huso, encontrar la técnica necesaria y aprender a valorar el trabajo, todo manual, como el hilado, teñido, formar madejas con el aspa y finalmente hacer los ovillos de distintos colores. Muy lindo."

Sixto Galindo Águila



Agradecimientos

En primer lugar, manifestar nuestros agradecimientos a quienes participaron de los talleres de hilado: Mabel Garrido, Carmen Chiguay, Nicol Andrade, Sixto Galindo, Antonia Ríos, Karin Muñoz, Fernando Nahuelquín, Katherine Muñoz, Karla Raín, Pamela Vera, Mónica Ayancán, Mónica Díaz, María José Salazar, María Cecilia Riquelme, Karla Barría, José Muñoz, Luis Villegas, Valeska Ayamante, Andrea Raín, Isabel Andrade, Ahynara Villegas, Elian Villegas, Trinidad Díaz, Antonella Díaz y Kasady, Berta Vivar, Francisco Iribarra y Ana Gallardo. Su entusiasmo, amabilidad y perseverancia animó cada encuentro y nos desafía a seguir trabajando por la revitalización de los oficios y saberes tradicionales del Pueblo Mapuche Huilliche.

A María Barrientos Barría y Silvia Alvarado Antimán, hilanderas tradicionales de Puerto Natales, que compartieron sus historias y conocimientos, reconociendo la herencia y aporte de las antiguas mujeres del textil de Chiloé. Silvia y María son el patrimonio cultural de Magallanes.

También agradecer a las profesionales que nos acompañaron en este proceso, Antonia y Silvana. Su compromiso con el proyecto nos permite visibilizar nuestra identidad y llegar a más personas.

Por último, a CONADI Magallanes por creer nuevamente en nuestra Comunidad y darnos la posibilidad de legitimar la presencia del Pueblo Mapuche Huilliche en este territorio que nos albergó.



Bibliografía

Angelo, G. (2014). Historia de Mujeres Inmigrantes de Magallanes. Más Importante que el Oro. Ediciones Radio Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Arteche, S. y Mc Leod, C. (2023). Estudio y caracterización del sector tradicional campesino de la región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Puntas Arenas, Chile.

Benavides, J., Martinic, M., Pizzi, M. y Valenzuela, M. (1999). Las Estancias Magallánicas. Un modelo de arquitectura industrial y ocupación territorial en la zona austral. Editorial Universitaria. Santiago, Chile.

Comunidad La Melga Chiloé (2024). Patrimonio Alimentario del Archipiélago de Chiloé. Chile.

Gutiérrez, J. y Zambelli, I. (2013). Catálogo Historias Textiles de Chiloé. Proyecto FONDART Regional - Los Lagos.

Harambour, A. (2019). Soberanías Fronterizas. Estados y Capital en la Colonización de Patagonia (Argentina y Chile, 1830-1922). Ediciones UACH. Valdivia, Chile.

Martinic, M. (2024). Los Aónikenk, Historia y Cultura. Ediciones Universidad de Magallanes. Punta Arenas, Chile.

Méndez, P. (2010). El arte textil Aónikenk: Posibles modos de adopción y algunas particularidades. Magallania, 38(2), 69-88

Ramírez, C. (1999). El quelgo o telar indígena de Chiloé (Estudio lingüístico-etnográfico). BFUCh, XXXVII, 1025 - 1038.

Villagra, C. (2016). Capítulo I. Entre mares, islas y bosques. Libro Chiloé. Banco Santander.

Weber, A. (1902). Chiloé.





Restitución del oficio de la Hilandera y el Hilado Ancestral



CONADI
Ministerio de
Desarrollo Social
y Familia

Gobierno de Chile

Subsidio a la difusión y fomento
de las culturas indígenas, Región
de Magallanes, año 2024